

REVISTA

LITERARIA

DEL GRANADINO.

DON JOSÉ ELBO.

Pintor.

Nació D. José Elbo el 26 de marzo de 1804 en Ubeda, ciudad insignie y renombrada por contar entre sus hijos á Rui Lopez Dávalos, privado de D. Juan II; á D. Francisco de los Lobos, secretario del Emperador y á D. Sebastian de Córdova, panegirista de Boscan y Garcilaso. Desde niño mostró nuestro pintor grande afición á las artes, y sus padres como tenían escasas proporciones, le dedicaron al dibujo en casa de un digno discípulo de Orbaneja, que estropeaba cuadros y removía capillas en la ciudad y su comarca, con notable admiración de los devotos.

Apenas tenía siete años Elbo y ya trazaba con carbon el perfil de los frailes que hacian la cuestacion por los pueblos, ó de los mendigos y gañanes. A esta época se refiere una anécdota curiosa de su vida. Jugaba con otros chicos en una plazuela sin cuidarse de lo que entonces pasaba por España (eran los años de 1811) y de pronto oyó gran tumulto en la ciudad y confuso estrépito de lamentos, tiros, redoble de tambores y choque de armadas. Sus compañeros huyeron espantados y llorando. Elbo permaneció quieto despues de coger una piedra, aunque las balas y la metralla de las piezas de montaña pasaban sobre su infantil cabeza. «Ven hijo mio. Que

haces?» Le preguntó compasivo y asustado un robusto labrador que desde una ventana fronteriza dirigia vivísimo fuego contra los grupos de franceses. «Aguardo que esten mas cerca para tirarles esta piedra» respondió fieramente el muchacho. Con gran peligro, el buen hombre le recogió en su casa derramando lágrimas de ternura y de entusiasmo. A poco y á pesar de una heroica defensa la casa aquella fué invadida y muerto el salvador de Elbo con toda su familia. Treinta años despues el pintor retrataba en todas partes á este labrador y recordaba con todos sus detalles la casa, los muebles y la fisonomía de los bárbaros extranjeros que á su vista sacrificaron aquel valiente patricio.

Algunos años pasados, salió para Madrid en busca de fortuna, deseando arreglar sus conocimientos escasos y adquirir mayor perfeccion. Aquí sufrió muchas privaciones; pero estudiaba con un ardor febril. Aparicio le sacó de aquel estado llevándole á su obrador. Muchos dias, algunos años pasó sepultado el jóven en el palacio del Buen Retiro, trabajando mucho y ganando apenas para vivir con estrechez. Su carácter y su posición le hacian vivir retirado, y cuando sus amigos pretendian otra cosa, les contestaba.—«El buen paño en el arca se vende; si valgo que me busquen.» Pintando en los regios salones le colmó de elogios el viejo Cean Bermudez, y él se contentó

con decir para sí. —; A cuantos ha elogiado injustamente!

Comenzó la revolucion, y salió á luz mas bien impulsado por los acontecimientos, que confiado en sí mismo. Al principio le persiguió la desgracia. El rey no le quiso mandar á Roma, porque habia sido miliciano nacional. En desquite fué admitido poco despues en la Academia de S. Fernando.

Desde esta época comienza su apogeo: olvidó los retratos, que son en nuestros dias el único asilo de la pintura, y estudiando como Golla los tipos nacionales se dedicó á retratar la naturaleza de su patria, riente, poética, riquísima en luces y en contrastes. Vestido de majo, á caballo, en trato con chalanes, toreros y gente cruda, dormia en las cimas de los montes para copiar temprano en su album el paisaje que á sus pies se estendia, bañado con las tintas de la mañana. El amor de la gloria, el entusiasmo artistico le hacia olvidar todos sus padecimientos físicos, que ya comenzaban á ser penosos.

Sus cuadros de costumbres principiaron á ser apreciados por los estrangeros, gracias al duque de Osuna y al embajador inglés; despues lo fueron de los españoles. Trabajaba sin cesar y su fibra de hierro se rindió. Su corazon sufrió muchos desengaños, probó muchas veces la copa de la amargura. Apenas salia para dirigirse al café del Principe; donde pasaba las altas horas de la noche. Con todo en el año de 1841 hizo un viage á la Alcarria y trajo un album riquísimo. Se restableció algo, pintó muchos cuadros y comenzó su obra maestra: la plaza de toros de Madrid en un dia de corrida. En 1842 se agravaron sus padecimientos y se marchó á Ubeda. Quería visitar á Granada y copiar vistas de Andalucía.

Su salud no volvía y se desesperaba repasando su album: habia allí asunto para cien cuadros. Desconfiaba de los médicos y queria saltar de la cama, y pintar y salir al camino de Granada que era su ensueño, mas le faltaban las fuerzas y se rendía, dejaba la gorra, se le caía el pincel y llorando se recostaba en su lecho, con el rostro vuelto á su caballete.

Al fin tuvo un rayo de esperanza y gozoso como un niño se metió entre una caravana de arrieros al rayar un hermoso dia. Iba á ver la Alhambra! A los cien pasos cayó de la caballería y quedó mortal. — «Me muero, dijo al volver en sí; que me lleven á Madrid, quiero despedirme de mis amigos.»

Rodeado de afectuosos cuidados llegó á la corte y el soplo del Guadarrama apagó el débil fuego de su vida. En una calesa se hacia llevar al café del Principe y asistió á su tertulia hasta el dia 2. Cayó la hoja y Elbo murió el 4 de noviembre de 1844. No habia cumplido 40 años! A la misma hora un huracan horrible devastaba la isla de Cuba.

Dejó su mejor cuadro á la Academia de San Fernando. Sus virtudes eran grandes: generoso como el que mas, facilitó sus apuntaciones á muchos que de ellas sacaron gran provecho; daba cuanto tenia, y pintó un cuadro para que se rifase cuando tuvo Esquivel la desgracia de estar ciego.

Un jóven muy apreciable, Don Manuel Muñoz Garnica ha escrito una novela en la cual es protagonista Elbo, y todos los aficionados buscan sus cuadros que juzgaremos otro dia, refiriendo tambien algunos de sus dichos sarcásticos las anécdotas de su vida de artista.

NUESTRO DOLOR.

A mi amigo el Sr. D. José de Castro y Orozco, en la muerte de su madre

la Sra. Marquesa de Gerona.

Poeta: ven y cantemos
á una voz nuestros amores:
en un harpa los lloremos:
que bien cobijarse vemos
á un árbol dos ruseñores.

ZORRILLA.

¡Imposible!.... mi lira yace rota:
la cuerda del dolor, que hirió mi mano,
en su brusca y violenta sacudida,
la hizo saltar en trizas mil partida.
Quiero cantar, y en vano
busco el acorde tono;
busco solo tengo en mi horfandad amarga,
los dulces ecos del placer perdidos,
luto en el alma y en la voz gemidos.

¡Ah! como alzar mi canto,
si mis ardientes ojos,
hinchados por el fuego de mi llanto,
solo ven de la muerte los despojos?
Yo que arrastrado en rauda remolino
por irritados vientos
sufrí rudos tormentos,
cual tú rodando en aspero camino,
do quiera vuelvo errante la mirada
la tierra encuentro como tú enlutada!

Quiero cantar, amigo, tus dolores,
y solo sé llorar el dolor mio:
¡tantos son de mi suerte los rigores;
tan grande, tan inmenso es el vacío
que la horfandad insana
dejó en mi corazón con saña impía.
¡Oh! como he de olvidarte, Madre mia, (1)
ni he de calmar mi triste desconsuelo,
si aunque la tierra su primor me ofrece
falta el sol de mi cielo!

¡Qué páramo espantoso
se descubre ante mí: silencio mudo

(1) Tres meses antes de morir la Sra. Marquesa de Gerona, había fallecido la Madre del autor, llorada por su amantísimo hijo, cuyas poesías á este asunto, tal vez se imprimirán.

en derredor me hiela! todo calla;
todo en este desierto
yace inerte y aterra pavoroso;
todo parece aletargado, muerto;
ni un árbol, ni una flor.... nada se halla:
¡me oprime tal reposo,
y de dolor mi corazón estalla!

Pasó la horrible tempestad furiosa
con su medroso brillo y sus estragos.
No hay ya luz en las nubes; pavorosa
cerró la noche oscura
de impenetrables sombras cobijada
y de negras visiones infestada.
No hay ya torrentes; quedan muertos lagos
con aguas de amargura
y plagas de dolor y desconsuelo:
¡todo es calma de muerte bajo el cielo!

Las nubes se remontan esparcidas
sin brillar con relámpagos fugaces:
los túrbidos aguaceros pertinaces
son de cicuta lágrimas perdidas.

No cruzan las centellas inflamadas
dejando en pos sus luminosos rastros;
ni suben á los astros,
el incendio apagando de la esfera,
del mar las récias olas encrespadas.
No braman las tormentas en los senos
de inmensos nubarrones renegridos,
ni silvan comprimidos
los broncos huracanes,
ni rugen roncós retumbantes truenos.

La tempestad horrisona
sobre mi frente pálida no zumba;
mas yo adivino su fragor lejano
que en ecos mil aterrador retumba
de mi adorada madre
sobre la hueca tumba.
¡Tal vez ¡ay! por herirme
hiere á mi dulce esposa,
cual arrastró su descarnada mano
á mi Madre querida y amorosa!
¡Tal vez airada, en su furor insano,
nuevos rayos me arroja destructores!
¡Tal vez bajo una losa
van á regar mis lágrimas dos flores!
¿Hay mas dolor, mas hiel, mas desventura?
¡cuanto veneno el corazón apura!
¡voy un lago de sangre atravesando,
y sangre por doquiera va brotando!

(Se continuará.)

N. DE PASO Y DELGADO.

EL CUADRO DE LA CHANFAINA,

En una de las claras mañanas del mes de marzo caminaban hacia el Monasterio de la Cartuja granadina un clérigo y un aprendiz de pintor, que sino mienten historias jadeaba con el peso de un enorme cuadro de dimensiones colosales que sobre su espalda gravitaba.

Alto, enjuto, aguileño de rostro y fiero en la mirada era el clérigo, sus manteos estaban derrotados y de un color mas aceitunado que negro: el porte tenialo de soldado, su andar elegante y su compostura de hombre de elevadas acciones: llamábase Alonso Cano y aunque Racionero de la Catedral Metropolitana, cosa en aquellos tiempos de gran valia, conociánle tan solo como *pintor, escultor y arquitecto*, pues sus obras eran admiracion de los naturales y famosas entre los estrageros.

—Vamos, Juan, que preciso es hablar con el P. Gerónimo antes de que coma, pues se pone intratable cuando está repleto. Poco resta, hijo mio, con que ánimo valiente.

Esto decia para alentar al jovenzuelo, con tan paternal acento, que á pesar de su arrugado entrecejo y su escéntrica catadura bien demostraba á su pesar un hermoso y caritativo corazon al traves de sus rudas maneras.

Apretó el paso el aprendiz y llegaron amo y mozo á la porteria que les fué franqueada por un barbudo donado.

Atravesaron el compas melancólico, poblado de madreselvos y dejando á un lado la obra de la iglesia, que por aquellos tiempos no se habia concluido, penetraron en el claustro gótico labrado por los primitivos fundadores. Con silenciosa cortesania les recibió un monge en cuyo rostro demacrado revelábase la abstinencia y el ascetismo mas se-

vero, y Cano mientras les guiaba díjole con acento conmovido y estrechando la enjuta mano del cartujo.

—Bien purgais Capitan vuestras locuras.

—*Morir tenemos*, contestó con acento sepulcral el monge despertando como herido por aquel mundano recuerdo de sus pasadas aventuras.

—Si, encomendadme á Dios, que gratas le serán las oraciones de tan arrepentido y valiente corazon.

Abriose á este punto delante de los tres la puerta de la celda del P. Gerónimo y el convertido Capitan se inclinó sin mirar al pintor y se retiró.

Alonso Cano penetró en la habitacion que le franqueaban y colocó su cuadro á buena luz con la coqueteria de los artistas, recorrió el lienzo blanco que cubria la pintura y sin mas preámbulos se cruzó de brazos con la altanería de un rey y diciendo al reverendísimo.

—Veamos qué le parece á vuestra merced.

Era el P. Gerónimo un monge con puntos y collar de mundano. Administraba los bienes de la comunidad, tenia el derecho de salir á la ciudad y de hablar con todos y sin duda por el trato ó por otras razones que el cronista ignora, habia engordado tan desmesuradamente y tan colorados eran sus mofletes anchos y curtidos que mas se semejava á un buey que á un ascético eremita: sus hábitos blanquísimos y su cabeza rapada daban á lo chiquito de su figura un extraño remate y acabado.

—Bien, señor Racionero, aunque dejarme poner las anteogeras.

Dijo el Padre y sacó una caja enorme de plata y de ella unos anteojos con aro dorado que mas parecian dos cedazos de tahona. Colocóselos sobre las abultadas y romas

narices, acompañando la operacion de un sordo gruñido y se puso á contemplar la obra del artista.

Representaba la pintura el sagrado misterio de la Trinidad.—Entre fúlgidos celages de oro, púrpura y topacios, entre resplandores vivísimos y agradables como la claridad del alba, estaba el padre con el grave y sublime continente del Creador del mundo; del Uno, Eterno, indivisible sin principio ni fin: su rostro y su mirar mas sublime que los del Júpiter de Fídias revelaban la purísima y ardiente inspiracion del pintor cristiano; del hombre del espíritu y no de la forma. Entre sus brazos estaba el Hijo de Dios, Cristo, desnudo y manifestando en los llagados miembros humanos las huellas que en su santísimo cuerpo habian dejado las impías manos de aquellos á quienes habia venido á redimir á este valle de lágrimas. El Espíritu Santo con la vivida lumbré de su amor iluminaba la figura del Padre y del Hijo y como que los rodeaba con una aureola de fuego que partia de su corazon de paloma blanquísimas.—Era una obra acabada como las del Creador por esencia y al verla por mano de hombre trazada era preciso esclamar: «cierto que el espíritu del hombre está hecho á imagen y semejanza de Dios.»

Mas nuestro reverendísimo cartujo despues de mirar y remirar exclamó, no muy conforme con nuestras opiniones

—Bien! phs! bien; pero yo hubiera puesto mas aimagra en las nubes y hubiera pintado mayor al Espíritu Santo.

—Sí, á vuestra merced, le gustarán grandes las palomas, y sobre todo para la mesa, dijo Cano con aire sarcástico y lastimado al ver tan mal comprendido su grandioso pensamiento.

—Oh! si las aves todas, deben

ser cebadas; pero á nosotros nos las prohibe la regla: y dió un suspiro al proferir la última palabra el monge.

—Ello, en fin, como está, ¿os acomoda? porque jamas retoco mis obras: repuso el pintor.

—No se irrite vuestra merced, que mas ven cuatro ojos que no dos? Y cuanto vale su cuadro?

—Dos mil pesos y cien ducados que dareis de propina á este mi aprendiz.

—Dos mil pesos! Voto va!...y se mordió el padre los lábios por no echarlo redondo, y con cien ducados de coleta *ó post scriptum?* pues no cuesta tanto el mantener un mes á la comunidad, aunque el Sr. Arzobispo venga á comer los cuatro jueves.

—Digoos, P. Gerónimo, contestó colérico y desencajado el bilioso pintor, que soy el mayor de los mentecatos, cuando sufro que taseis mis obras como si fuesen jamones alpujarreños ó seron de peras guadiaseñas. Juro por lo mas sagrado que si no estuviérais ordenado y yo con estas hopalandas habiais de pagarme caro tal demasia.—Encubre Juan la pintura y vamos con ella á casa que no es digno de la gran imagen de Dios, quien tan mal la comprende.

—Sosiéguese el Sr. Racionero que le daré hasta mil y quinientos pesos y un ducado para el portador, con tal que no se vaya Usarced descontento; pues algo ha de quedar para el pintor del convento, que mas que os pese, le dará un toquecito de rojo á esas nubes para su perfeccion.

Oír tal sacrilegio artístico y revolverse como un leon Alonso Cano hácia el obeso cartujo obra fué de un punto: mas contúvose y contentose con arrojar tan tremenda mirada sobre aquella mole de carne, que el buen P. Gerónimo se em-



bebí en el anchuroso sillón de baqueta con la misma timidez que si hubiese sentido venir sobre su pecho dos furiosas puñaladas.

—Razon en vuestra cólera teneis, porque el cuadro es hermosísimo; pero aplacaos un tanto que el Padre vendrá á la razon. Esto dijo un fraile remendado, Guardian de San Diego, que al acaso allí se encontraba, y con tal dulzura que el Racionero se sintió desarmado y repusole con cariño.

—Perdonad, reverendísimo; pero cosas se han razonado aqui que mas debieran ser asunto de espadas que de lengua.—Y comenzó sin reparo á envolver su cuadro dando la espalda al prosáico monge.

—Dejadme, que acabe de contemplarle, no todos pensamos como el P. Gerónimo: cada figura, cada nubecilla, cada pincelada es un tesoro de bellezas, dijo el fraile modesto de San Diego.

Alonso Cano, apartó la cubierta y observó no sin complacencia que el guardian se habia colocado en el mejor punto de vista.

—Oh sí! exclamó con entusiasmo el fraile, despues de una larga contemplación, habeis comprendido la divina elevacion del profundo misterio de la Trinidad: así le comprendieron los padres; así tal vez creyó adivinarla la filosofía pagana de Platon. Esa es la luz, el fuego del Amor, la Omnipotencia, la Sabiduría. Obras tan grandes no tienen precio. Quisiera poder ser rico como un Emperador romano, para vaciar mis tesoros en vuestras arcas! Colocaria despues ese cuadro en el modesto altar de mi convento y allí las almas de los fieles se elevarian ante esa imagen altísima de la Celestial Trinidad.

Estasiado y enaltecido de noble orgullo oyó el pintor estas palabras que partian de un varon en aquellos tiempos célebre por su ardor

en la fé, por su meditada sabiduría y su religioso fervor, y reflexionando un rato dijo con jocosa solemnidad.

—Tambien podeis darme, Padre reverendísimo, algo que yo aprecio en mas que el dinero, y sereis dueño de colocar ese cuadro en el altar de San Diego.

—Decid.

—La economia del pobre es mas á mis ojos que la hacienda espléndida del rico.

—Economías no tenemos, Señor, los que vivimos de la pública caridad y partimos con los mendigos nuestro pan: contestó humildemente el Guardian de San Diego.

—Pero al menos no podriais, darme hoy un plato de *chanfaina* para comer?

—Sí, Señor racionero, que no es viernes y para todo el convento se guisa.

—Pues tomad ese cuadro que ya es vuestro y acompañadme al convento que allí cobraré el precio sentado en la mesa del refectorio.

Dudó al principio el Guardian de la sinceridad de tan extraño contrato; pero en los ojos del Racionero Cano vió pintada la franca generosidad de un artista y se apresuró á mostrarle su agradecimiento.

—Fuera bernardinas, Sr. Alonso, os daré los dos mil pesos, dijo algo turbado el P. Gerónimo, cuya codicia se habia despertado con los elogios del fraile.

—Guardarlos enhorabuena, para engordar á la comunidad, si es tan poco ascética como vuestra paternidad y callo... por no traspasar el antemural del decoro que mi cólera combate desesperada.—Vamos, padre Guardian.—Hijo, añadió dirigiéndose á Juan, ve á casa y que vendan este dibujo para el gasto de hoy que yo haré mi comida con los frailes de San Diego.

Dicho esto se asentó, sin preámi-

bulos á una mesa, trazó con la pluma la mas picante caricatura que verse puede, donde se retrataba al buen P. Gerónimo con el parecido de dos cosas iguales entre sí y salió sin despedirse del monasterio de Cartuja.

Quince dias despues se celebraba una fiesta en San Diego para inaugurar un famosísimo cuadro de la Trinidad, que acababa de colocarse en el altar mayor. Asistieron todas las personas de valia que por entonces ennoblecian á Granada, predicó el Padre Guardian un elocuentísimo sermon y de boca en boca corria la historia que acabamos de referir ensalzando todos la generosidad del Racionero Alonso Cano.

Desde entonces, aquella pintura que se habia vendido por un plato de asadura condimentada se llamó *el cuadro de la chanfaina* y hasta nuestros dias ha conservado su nombre.

El P. Gerónimo sufrió tal sofocacion de envidia al ver en otro convento tan riquísima alhaja que murió de una aplopegia fulminante, aunque otros atribuyen su horrible fin á una cazuela de arroz con atun: sea de ello lo que quiera á nuestra honra cumple manifestar entrambas opiniones. (*)

G—S.

Teatro.

INVENTOR, BRAVO Y BARBERO, comedia en un acto, arreglada del francés.— EN TOAS PARTES CUESEN JABAS, sainete original, en verso y en un acto por Don José Sanz Perez.

Dos piezas nuevas nos ha ofrecido la

(*) El cuadro origen de esta tradicion se trasladó al Museo provincial, cuando la estincion de los conventos y de allí fué robado durante un baile de máscaras. Ahora, con vergüenza de España, adornará alguna galeria estran-gera.

empresa en los ocho dias que van transcurridos desde la anterior revista; pero en cambio la primera es un *vaudeville* francés hecho al vapor, mal traducido de suyo y mas desvergonzado que chistoso. Gracias á la ejecucion y á la Sra. Molist que salió vestida con lujo y propiedad, como para dar una leccion á las otras señoritas que no conocemos, la pieza dió contentamiento é hizo reir.

El sainete andaluz del Sr. Sanz Perez, es bellissimo, se asemeja á un ramo de frescas flores y respira el amenísimo y picante diálogo de esta obrilla toda la gracia, todo el carácter melancólico y pintoresco de los toreros y las majas andaluzas. El inglés está ridiculizado con gracia y con noble generosidad y la fiesta de toros retratada con un fuego y un entusiasmo puramente meridional. Mas elogiariamos, si de mayor espacio pudiésemos disponer; pero antes de concluir consagraremos algunas líneas á los actores. Garcia (D. Pedro) dijo su papel con estremada naturalidad y las últimas escenas con mucho conocimiento y con delicada sensibilidad.—Soledad tiene gracia y fácil manera.—Fuentes caracterizó bien al sesudo Zeñon Juan.—Los demas estuvieron mejor de lo que esperabamos. G—S.

EL AVARO.

Entre el oro nadando el avariento y sufriendo continuas privaciones, alimenta mezquino las pasiones que le privan de paz y de contento.

Por el afan de atesorar sediento es juguete de torpes ambiciones; sus goces aparentes son prisiones que esclavizan su inquieto pensamiento.

En su mismo placer mortificado ante su propia sombra se estremece cual delante sus jueces el malvado.

Con sus riquezas su codicia acrece, y viviendo de sí desconfiado, entre tesoros infeliz perece.

JUAN DAZA.